



La boda del siglo

Las bodas, particularmente entre aristócratas, famosos y ricos, suelen ser parte del atractivo de una humanidad que nunca dejará de lamentar su plebeyez y pobreza, su total ausencia de glamour. Pero ¿qué es una boda del siglo, expresado cuando apenas estamos en 2004 y en consecuencia faltan millones de casorios? Una respuesta puede ser la siguiente: se trata de un matrimonio entre un vejete que tiene 75 años y su novia 25, otra posibilidad es cuando ambos cuentan con cincuenta años de edad o si la mujer resiente los 70 y su pretendiente apenas ha cumplido 30. En fin las posibilidades de hacer que sean cien años son muchas.

Ahora, en el caso de Letizia (¿de dónde habrá salido la z?) y el joven príncipe por qué se llama boda del siglo. No hay más que una respuesta: por la cursilería española. No cansados de padecer una tonta monarquía, ahora nos espetan que el aspirante a rey, contrae matrimonio con una plebeya y eso se llama boda del siglo, sin detenerse a pensar por un segundo que podría haber, para el año 2080 un matrimonio aún más glamoroso que el que acaba de presenciar la humanidad harta de ver las guerras que Bush organiza para entretener a su pueblo y a sus seguidores. Uno antes, donde por ejemplo se case Collin Powell con Aznar. Eso sí sería un caso ruidoso y raro. Pero qué sentido tiene el matrimonio entre un joven baboso y una reportera avispada. No mucho más allá de una boda donde se reúnen monarcas a conversar de nada. Los reyes son figuras decorativas, no deciden nada, sólo miran pasar a una serie de plebeyos que ganan las elecciones y que toman decisiones a título personal. En España, Aznar se quiso meter en las grandes ligas y mandó tropas a Irak, hoy Zapatero las retira. El rey nada dice, se limita a rezar y a hacer votos por la paz.

Las monarquías están fuera de uso, de moda, son para que la revista Hola venda más ejemplares entre señoras ramplonas y nuestros medios que ningún encanto tienen salvo el de mal informar, dirigidos a personas comunes y corrientes tengan la dicha de mandar corresponsales a las "afueritas" de la iglesia y lejecitos del banquete donde comen los invitados. Como si eso fuera poco, significa un enorme gasto para los pueblos que padecen las monarquías, es decir, a una buena bola de zánganos que viven del escándalo y que gustan estar en las secciones de sociales y que padecen dolores de cabeza frecuentes por el peso de las coronas.

Que todos ellos son felices, debe ser cierto: no trabajan, nada más cobran. Que un día Letizia puede ser reina, también lo es., que una multitud de fotógrafos la seguirá y abrumará como lo hizo con Lady Diana hasta matarla, no lo duden. Llegará el momento en que ambos no serán tan felices como hoy: ella vivirá recordando cuando la retrataban desnuda a la menor provocación y comía tortas ahogadas en Guadalajara y él los días de ensueño en que era libre y podía mirar a toda clase de feas y pálidas damitas nobles de Europa. Por lo pronto, esperemos que la felicidad sea duradera antes de que tengan la cara de total tedio que tienen Sofía y Juan Carlos, los padres del joven príncipe.

El Búho

